

**EL DESEO DE ENTENDER LA VERDAD
EN LA SUMMA CONTRA GENTILES DE SANTO TOMÁS DE AQUINO**

LIBRO DEL PBRO. DR. GUILLERMO JORGE CAMBIASSO

Con mucho gusto acepto la invitación de mi querido discípulo y amigo Guillermo Jorge Cambiasso, de escribir un breve prólogo a su obra sobre el deseo de entender la verdad en la *Summa contra Gentiles* (SCG) de Santo Tomás de Aquino. La tesis es valiosa, muy trabajada y se presenta por sí misma. Pero, como suele hacerse con los vestidos de la moda o las obras de arte, es conveniente presentarlos en el escaparate para darlos a conocer.

En una obra tan estudiada por los especialistas Cambiasso ha encontrado una nueva pista para su cabal intelección del tema central, el de la verdad, objeto del profundo deseo de la inteligencia. Este modo de aproximación a la obra y de llevar a cabo una lectura de la misma, me ha sugerido limitarme en este prefacio a la perspectiva de la novedad cual la ha propuesto Tomás al escribirla. Tal novedad ha sido buscada con afán en las lecturas que de ella ha hecho la tradición y se condensa en el núcleo del deseo profundo de la inteligencia por conocer la verdad toda entera.

Toda la obra de Tomás tiene un sello de novedad. La Encíclica «*Fides et Ratio*» pone de relieve “la perenne novedad de Tomás de Aquino”, novedad que ya el biógrafo Tocco indicaba desde el principio de su magisterio en París. Tomás ponía una aureola de novedad en cuanto trataba, lecciones, cuestiones, argumentos, estilo. La novedad va con la vida en todos sus niveles, y es signo de creatividad. La creación auténtica es algo exclusivo de Dios. Solo la omnipotencia divina posee esa voz poderosa que llama las cosas a dar el salto de la nada al ser. Por analogía hablamos de las “creaciones humanas” que son “creaciones” a medias porque suponen siempre una materia preexistente. La creatividad en la vida terrestre va de la mano de la vida sometida al dilema *aut crescit aut moritur*.

Tomás, pensador esencial y dialogante, distinguía en la novedad dos tipos complementarios, la novedad descubierta, y la novedad producida. El primer tipo desvela lo oculto y trata de penetrar en lo profundo de la realidad. Es una tarea infinita, porque nunca se llega a lo profundo de los entes, por más que sean contingentes. Ya el poema de Parménides describe su itinerario ascendente desde las apariencias hasta la puerta de la bifurcación que

lleva hacia la laguna de la nada, o hasta el férreo círculo de la verdad. El segundo tipo de novedad es el que está en poder del ser inteligente y libre, capaz de producir un orden nuevo, en sus actos, en la voluntad y sus dominios, y en cuanto está sometido al *homo faber*, como es el mundo de la técnica y de las artes. La perenne novedad de Tomás se da en los dos ámbitos. Del primer tipo es su lectura del mundo físico y metafísico, su búsqueda apasionada de Dios; del segundo, es la síntesis sapiencial, filosófica, teológica y mística que ha logrado y ha ofrecido en su obra. Se trata de una novedad radicada en la tradición del pensar cristiano, que coordina la razón y la fe. Tomás es el genio de la síntesis de la unidad y la pluralidad. Podría decirse que toda su ingente obra es solo una respuesta a la cuestión que el niño Tomás proponía en Montecasino a los monjes: *Dic mihi, quid est Deus?*.

La obra escrita de Tomás que ha llegado hasta nosotros es fruto de 25 años de trabajo. Hoy tenemos la fortuna de poder tenerla a la mano y a los ojos. Ya estamos habituados a llevar en la maleta el CD con sus 8 millones de palabras. Debemos este precioso regalo a la Comisión Leonina y al Index del P. Busa, que han hecho ligero el fruto de un esfuerzo gigantesco. La Leonina nos hace saber que un solo volumen normal de su edición supone nada menos que el equivalente a unas diez horas de trabajo diario de un especialista a lo largo y ancho de 25 años. Más o menos el tiempo que empleó Tomás en su *Opera omnia*.

La obra completa de Tomás resulta en verdad inabarcable no solo en extensión, sino en profundidad. Es una obra genial. En el conjunto de esa obra colosal, la *Summa Contra Gentiles* presenta una verdadera novedad, algo singular. Ha sido escrita a lo largo de unos 5 años. La podemos situar en el tiempo y en el espacio. Tomás la ha comenzado en París, en 1259 y la ha continuado en Italia hasta llegar al final en el año 1264. Tomás al escribirla se encuentra en un momento singular. En edad se aproxima a los 40 años. En su *curriculum* ya ha recorrido las etapas de bachiller bíblico en escuela de Alberto, y bachiller sentenciario con el maestro Elías Brunet de Bergerac. Ya tiene escritas obras de tomo y lomo: ha concluido el texto del Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo, ha realizado las pruebas de acceso al magisterio en teología, al cabo de larga espera ha sido admitido a leer su *Incoemptio* para entrar en el gremio de los profesores, ha dirigido Cuestiones Disputadas, como compete a los maestros en teología, ha escrito el texto del complejo acto académico con su *Determinatio* y lo ha puesto en circulación. Su jornada escolar comienza cada mañana con la lección de la Biblia y se extiende a todo el día alternando las tareas de orar, estudiar, escribir y enseñar. Su día apenas conoce la noche y su descanso está en pasar a otra ocupación. El ciclo parisino de

su cátedra llega al final. Tomás es el maestro en teología que al final de su trienio de maestro, deja paso a otro maestro, se dispone a salir de la ciudad de Paris y vuelve a su provincia de Italia. Liberado de la tarea escolar de profesor decide escribir una obra original. No ha nacido en las aulas ni ha sido pensada para la escuela. Tomás la escribe para los cultos como obra de síntesis de la teología cristiana.

La obra se despliega en cuatro libros, contiene 463 artículos y en la edición de Marietti, dirigida por los Padres Pera y Marc, consta de 4.292 párrafos. Esta obra juvenil de Tomás tiene para los lectores características peculiares de gran valor cultural. La Biblioteca Vaticana conserva dos tercios del autógrafo; desde el c. 13 del libro I, al c.120 del libro III. Es un ms de gran interés. Por el tipo de pergamino y de tinta se deduce que los primeros 53 capítulos fueron escritos en Paris. Tomás tiene un estilo personal de escribir, difícil de leer. Su escritura es de rasgos fuertes, con muchas abreviaturas, a veces cifradas con estilo personal. Son muy pocos los que han logrado leer de corrida el texto. Los Padres Ucelli y Gils, que han estudiado largo tiempo esta escritura, hablan de la “*littera illegibilis*”. Tomás era un pensador muy rápido y la mano tenía que esforzarse para seguir el cerebro a la misma velocidad. El ms. revela también cómo Tomás revisaba sus textos. En el ms. hay algunos párrafos tachados, hay notas añadidas al margen y al fondo, hay textos corregidos, dos, tres y hasta cuatro veces. Posiblemente estas correcciones fueron hechas más tarde en la segunda estancia en Paris.

La gran novedad es la obra misma, su originalidad y su modo de entender el oficio de maestro en teología, tratando de penetrar en los misterios de la fe católica, desvelar su verdad y en rechazar los errores contrarios. Tomás abre su obra proponiendo su método de hacer teología como dice San Hilario, el primer teólogo cristiano, hablando con Dios para hablar de Dios, y no solo con la elocuencia de las palabras sino con los sentimientos y con las obras. Los primeros nueve capítulos presentan la novedad del método. Para Tomás lo que importa es la verdad acerca de Dios y de su obra. Al hombre se le ofrece la verdad en un doble orden que Tomás no duda en llamar “*duplex veritas*”, o mejor “*duplex ordo veritatis*”, uno al alcance de la razón y otro accesible solo a la fe. Tomás tiene en cuenta las aportaciones de los doctos, teólogos hebreos, como Maimónides, escritores musulmanes, – el c. 6 propone una síntesis parcial de la persona y de la obra de Mahoma – pensadores cristianos y paganos, filósofos, del filósofo Aristóteles de modo especial.

A lo largo de toda la obra es novedad singular el uso de la razón y el acceso a los misterios cristianos por la fe. El nombre *Liber de Veritate catholicae fidei contra errores infidelium*, está inspirado en los capítulos primeros de la parte introductoria. Otra nota singular de esta obra es ser la primera que expone el pensamiento tomista que abraza toda la teología. Ni la Suma Teológica, ni el Compendio lo han logrado. Tomás recoge cuanto ya tiene elaborado en los abundantes escritos anteriores. Todo eso es como semilla de lo que hará en el futuro.

La novedad de este estilo de hacer teología se centra en esa maravillosa síntesis de la razón y de la fe. El uso de la filosofía al servicio de la fe se verifica en tres líneas: propone los preámbulos, sugiere analogías, refuta los errores contra la fe, y de modo decisivo recurre a los principios de la *scientia beatorum*, transmitidos por la fe. En ese esfuerzo ya ha logrado un desarrollo original de la filosofía del acto de ser y de los entes, del ser y de la participación, y con ello una antropología que opta por Aristóteles, cuyo pensar asimila y supera.

La novedad de la SCG ofrece ya todo Tomás, pero no totalmente. El proceso circular del pensamiento del *exitus-reditus*, ya había sido propuesto en el prólogo al libro III de las Sentencias, pero aquí queda bien plasmado. El punto de partida es Dios como fundamento – si Dios no existe, nada se sostiene – considera la verdad de Dios en sí mismo; el libro segundo analiza el proceso de las creaturas, y el libro tercero sigue la trayectoria del retorno a Dios como fin. De las verdades sobre Dios y su obra, obtenidas por la razón natural el teólogo pasa al orden de verdades propuestas por la fe en sus misterios.

La SCG del joven teólogo Tomás es una novedad admirable, una de las obras más densas de la cultura mundial. Para Chenu es la obra enraizada profundamente en la historia medieval, mientras que para Gauthier que la ha analizado como nadie, hay que situarla en un horizonte fuera del tiempo. Para Cambiasso la obra se distingue entre todas las de Tomás por la perfecta estructura que responde al fin que se propone, dar respuesta al deseo de conocer la verdad. Ese altísimo fin impone una estructura singular en toda la obra.

Ante esta obra innovadora los estudiosos de la misma se interrogan acerca de la finalidad que Tomás ha perseguido al escribirla. La literatura que ha suscitado esta cuestión forma una ingente biblioteca. Para una primera aproximación sería preciso seguir las huellas de tres obras: el comentario literal de Silvestre de Ferrara, que en las primeras ediciones de la Leonina acompañaba el texto de Tomás, el volumen que los editores C. Pera O. P y P. Marc

O.S.B. antepusieron a la edición de Marietti de 1961, y el estudio exhaustivo del P. Gauthier, OP de 1993.

Los primeros capítulos de la obra ofrecen las líneas esenciales del proyecto general que trata de exponer la verdad de los misterios de la fe católica y refutar los errores contrarios, respondiendo así a su vocación de maestro en teología. Todos han reconocido la novedad de este intento, pero a la luz de la historia se busca una pista más concreta. A lo largo de los años han surgido tres interpretaciones, una es el carácter misionero de la obra, otra la incorporación de la filosofía cristiana en la tarea teológica, y una tercera el retorno a Tomás teólogo. La orientación misionera la inicia el cronista P. Marsili que atribuye la iniciativa de la SCG a una petición de Raimundo de Peñafort a Tomás de una obra para los misioneros dominicos en España que debían dialogar con los musulmanes y judíos, que ya disponían de una cultura y de una escolástica superior a la latina. Esta propuesta no encuentra consolidación de pruebas históricas y pronto pasa a leyenda. Más persistente ha sido la pista filosófica. Tomás es el primero de los teólogos medievales que distingue netamente los dos saberes, el de la filosofía y el de la teología. Ignorar las creaturas es ignorar al Creador. En el opúsculo de *ente et essentia* Tomás había propuesto su orientación filosófica, que precisa de un modo más completo comentando los tratados de Boecio. Los agustinianos como Buenaventura le reprochan de aguar con la filosofía el vino de la teología. Tomás les replica que este uso de la filosofía es la prolongación cultural del milagro de Caná, capaz de convertir el agua en vino. Tomás no se propuso ser filósofo, pero elaboró una auténtica filosofía, que se ha impuesto en las escuelas católicas a partir de la Enc. “*Aeterni Patris*”. Ironía de la historia. León XIII buscó en Tomás el maestro del pensamiento cristiano para el diálogo con la cultura moderna. Para este diálogo necesario recurrió al filósofo, a su metafísica del ser y del ente, y a su antropología cristiana, pero no platónica. El filósofo Tomás pasa a ser el Patrono de las escuelas católicas, el modelo del pensador cristiano, que busca y encuentra la verdad, y realiza su vuelo cultural con las dos alas, la de la razón que se guía por la evidencia, y la de la fe que acoge el misterio. Este acento en la filosofía ha dejado un tanto de lado al teólogo cristiano. La verdad es integral y estamos en la hora de integrar las tres direcciones. Es verdad que hay una orientación misionera en toda la obra de Tomás y en la SCG se presta gran atención a los pensadores no cristianos, porque la verdad es siempre una conquista comunitaria, fruto de una tradición que hace posible el proceso ascendente. Es cierto que con Tomás nace la filosofía cristiana que responde con la razón a las grandes cuestiones acerca del mundo, del hombre y sobre todo de Dios, y que la verdad viene siempre del Espíritu Santo. Toda la obra de Tomás,

y de modo especial la SCG es la obra de un teólogo que asume de modo radical su vocación. Lo ha expresado de modo muy sugestivo en su inicio del magisterio glosando el v.13 del salmo 103: *Rigans montes*, lo ha dejado como una confidencia de amigo en el c..2 del libro I de esta obra, y lo dejará esculpido en el prólogo de la ST. Tomás se identifica con el ideal del maestro en teología, que habla y no calla de Dios. En la SCG el teólogo acoge al fraile predicador, al sabio apasionado por la inteligencia de la verdad, al creyente que se deja guiar dócilmente por la luz oscura de la fe.

En esta tercera perspectiva se coloca el Prof. Cambiasso. En la obra se desvela la fuerza del deseo de entender la verdad que mueve a los seres inteligentes y los arrastra a ese fin. El deseo es la inclinación de la voluntad y del apetito a su fin, es como la ley de la gravedad del espíritu. La pasión por la verdad es el motor de los seres inteligentes. El teólogo cristiano ejerce su doble oficio de ordenar y de juzgar. Ordena en vistas al fin, juzga en la medida en que se adecua a la realidad. Cambiasso ha recorrido el itinerario de ese profundo deseo de la verdad. Lo ha hecho desde una atenta, paciente y minuciosa lectura del texto. A través de gráficos muy elaborados ha presentado de modo visible y casi tangible la estructura de la SCG. Los gráficos ilustran las etapas del itinerario del teólogo que se adentra en el misterio de Dios en la medida en que es dado al ser humano en su vuelo con las dos alas de que dispone, la de la razón y la de la fe. Tomás se revela en esta obra como el genio del orden, atraído por el misterio de Dios, impulsado por el deseo de conocer su verdad. El deseo natural abre la puerta al misterio del hombre *capax Dei* y lo dispone para el salto hacia la nueva creatura en Cristo. El estudio del Prof. Cambiasso es una ingeniosa búsqueda del deseo de conocer la verdad en la obra del joven teólogo Tomás de Aquino. Es una novedad cultural que presenta lo nuevo como un paso más en el camino sin fin hacia la verdad absoluta. La categoría del “*ordo*”, como proponía Santiago Ramírez se revela como central en el desarrollo del pensamiento tomista y la causa final recobra su primacía.

Prefacio de Fr. Dr. Abelardo Lobato Casado, OP